

LIBRO NOVENO.

LAS SENTENCIAS.

CAPITULO I.

Donde Onkelos habla con los verdugos de Cristo.

—Ahí está Beelcebub, como dicen ellos:—esclamaron los soldados viendo entrar en el suntuoso pórtico del pretorio, al frenético, al malvado, al vengativo fariseo.

Y aun á su pesar, aquella canalla, que era lo mas vil de la tierra, hicieron un movimiento instintivo de horror. Onkelos les producía el efecto que produce una serpiente desaforada y venenosa, cuando se presenta de improviso al mas inveterado criminal.

Y era lógico que el fariseo, siendo la misma escoria, la ponzoña misma del infierno, causara un efecto repulsivo á los sicarios de Roma, que eran la escoria y la sentina de la tierra. Por malos que sean los hombres, ¿quién de ellos puede llegar á ser tan malo como Satanás? Por repugnantes que se presenten las criaturas, entregadas á sus pasiones, é inspiradas por los sentimientos mas viles del

corazon, ¿cuándo ni cómo podrán llegar á igualar la repugnancia que causan, con la repugnancia que causa el hombre movido é impulsado por todo el infierno junto, como una locomotora es impulsada por el vapor comprimido dentro de sus válvulas?... El efecto instintivo de repugnancia que produjo Onkelos en los pretorianos era lógico. Los unos se hallaban impulsados por la barbarie á la crueldad, y no podían dar de sí otra cosa que fiereza; el otro hallábase movido por los rencorosos y casi infinitos afectos destructores del infierno.

El fariseo hizo un esfuerzo para echar á un lado la grave y ridícula formalidad, de que entre los suyos se rodeaba. ¿Para qué habia de apelar á semejante gravedad, cuando los soldados de Roma le hubieran escupido al rostro, si esto se les ocurriera; cuando ningun efecto debia producir entre los pretorianos, estendidos por el suntuoso pórtico del palacio de Pilatos?

—La fuerza es la razon;—dijose el fariseo, oyendo la frase con que le saludaban los soldados;—obedezcamos, pues, á la razon de la fuerza.

Y adelantándose sonriente hácia los soldados, alargó su mano á un decurion de la guardia, mientras que con mucha afabilidad, y sin apagar nunca la sonrisa de los labios, decia á los verdugos de Israel:

—Beelcebú me habeis llamado, y Beelcebú es para nosotros los hebreos, el peor espíritu del infierno. Yo voy á probaros que no soy tan malo como Beelcebú, y espero que de ello os convenceréis sin grande esfuerzo por mi parte.

—Veamos:—dijeron los pretorianos rodeando á Onkelos, con la misma franqueza con que hubieran rodeado á uno de sus camaradas.

—Yo vengo aquí para haceros ganar algunos denarios, y para pagaros algunas copas de vino de Chipre, si es que vosotros no rehusais aceptar. Ya veis que no soy tan malo como Beelcebú; ya veis que no me guía aquí otra idea que la de divertirlos y regalaros.

—Idea bien sospechosa, por cierto;—dijo el decurion, con una rudeza verdaderamente digna de un soldado de Roma.

—¿Y qué quieres que nosotros hagamos para ganarnos esos denarios, y las copas de Chipre, de que nos hablas?—preguntó al mismo tiempo un soldado, con no menor rudeza que el decurion.

—Eso es; qué diga lo que nosotros debemos hacer para ganarnos lo que nos ofrece,—dijo la multitud, que se aglomeraba en derredor de Onkelos.

—Nada de sospechosa tiene la idea que me conduce aquí;—contestó el fariseo dirigiéndose al decurion.

Y luego volviéndose á los soldados, cuya curiosidad deseaba satisfacer, porque conducía esta satisfaccion á los menguados propósitos que le animaban, prosiguió con la mayor naturalidad:

—Vosotros deseais que os diga qué es lo que hacer debéis para ganaros algunos denarios y ciertas copas de vino de Chipre, y como mi venida aquí no ha sido con otro objeto que el de participaros mi deseo, podeis suponer si estoy dispuesto á satisfacer la curiosidad que os domina. Por otra parte, en la exposicion que os haga, el decurion calmará los recelos, con que al parecer, mira la respuesta que acabo de haceros.

—Veamos:—dijeron los soldados, apiñándose mas y mas en torno del malvado fariseo.

Uno de entre los pretorianos, á quien disgustaban los

rodeos y las muchas palabras que Onkelos empleaba, le dijo gritando:

—Habla, y dí pronto lo que quieres decirnos, porque has de saber que nosotros no somos curiales, sino soldados, y nos disgusta sobremanera la hueca verbosidad de los togados.

—Agradezco tu advertencia, amigo,—dijole el fariseo al soldado, mandándole una sonrisa benévola:—es verdad que me hallo entre soldados, y no es malo que me lo hayas hecho recordar. Hablaré claro y brevemente, pues.

—Al grano, al grano:—replicó el mismo soldado, perdiendo la paciencia, pues por cierto era muy poca la que tenia.

—Pues el grano consiste sencillamente en que el pretor va á dictar la sentencia de azotes contra el Nazareno, y como yo soy enemigo suyo; y como yo tengo una sed implacable de venganza, que contra él me domina; y como yo desearia verle aniquilado, por eso vengo á vosotros, que seréis los que debéis aplicar la sentencia que el pretor contra el Nazareno fulmine.

—¿Flagelacion habrá?—dijeron algunos soldados frotándose las manos, porque los pretorianos de Roma no se esplicaban la vida, si no la pasaban derramando la sangre de sus hermanos, y atormentando á los que hijos como ellos de un mismo padre, eran tambien como ellos, hechura del Criador.

—¡Habrá funcion, y risas, y lances humorísticos!... Y ¿por qué no habíamos tambien nosotros de celebrar la Pascua?—preguntaron otros, llenos de regocijo por la noticia que el fariseo acababa de comunicarles.

—Y ¿qué quieres de nosotros?—preguntó el decurion

al fariseo: —¿pretendes acaso convertirnos en instrumentos de tu venganza?

—Léjos de mí semejante idea. Yo no intento insultaros; y convertiros en instrumentos de mi venganza, seria inferiros un gravísimo insulto, —respondióle el escriba maldito, animado por el espíritu sagaz que era comunmente la base de todas sus acciones.

Onkelos sabia que hablaba con rústicos soldados, poco fuertes en todo lo que no era derramar sangre ó derramar vino. Así es, que con poco esfuerzo que de su parte hiciera, para cubrir hábilmente las intenciones que le animaban, habia de conseguirlo. Y efectivamente, lo consiguió.

—¿Qué pretendes, pues, de nosotros?— insistió el decurion, pretendiendo obligar á que el fariseo hablara.

—¿Sabeis la causa por qué el pretor manda azotar al Nazareno?— dijo ladinamente Onkelos.

—¿Qué nos importa?

—Por Baco, y por Vénus la del puerco, y no la de las palomas, que nuestro oficio no es meternos en esas retóricas de la gente de letras. Á nosotros solo nos cumple obedecer: se nos dice: ¡*Mata!* y matamos: se nos dice: ¡*Desuella!* y desollamos, sin que nos importe un bledo saber el por qué se nos manda matar ó desollar al que vosotros llamais prójimo,—dijo gritando brutalmente un soldado, que tenia la fiereza del tigre, la voz del trueno, y el aspecto del oso.

—La causa á que me refiero os importa,— balbuceó Onkelos con fingida naturalidad.

—Ya es otra cosa. ¿Y cuál es ella?— preguntaron á la vez varios pretorianos.

—El Nazareno es enemigo de Roma.

—Y ¿para qué estamos nosotros sino para defenderla? Si Roma no tuviera enemigos, ¿necesitaria soldados?

—Esa es la cuestion, — insistió el hebreo; —vosotros, defensores del imperio, estais puestos por Roma para vengar todos sus agravios, y como por agravios á Roma se condena el Nazareno á ser azotado, ya veis cómo os importa el por qué de la sentencia del pretor.

—Falso. Los enemigos de Roma no se condenan mas que á la muerte, —replicó un pretoriano con fiereza.

—¿Y quién os ha dicho que el Nazareno no va á ser condenado á morir en una cruz? ¿Acaso no se azotan en Roma los reos que deben espiar sus crímenes en un patíbulo, antes que llegué este término final de la sentencia?

Los pretorianos se miraron adustamente. Por medio de aquella mirada confesaban que Onkelos tenia razon. Y efectivamente, era tal como el fariseo acababa de decirlo: los romanos solian azotar á los reos de muerte.

—Pero bien, — insistió el decurion; —¿y qué es lo que quieres decir? ¿Acaso Pilatos no comunicará á los lictores la sentencia, para que dispongan lo conveniente á fin de que se cumpla?

—Tampoco he querido decir eso. No tiene duda que el pretor dispondrá lo conveniente, para que la sentencia que dicte se ejecute.

—¡Acaba, pues! — exclamó impaciente el decurion.

—Al grano, al grano: — gritaron los pretorianos, impacientes tambien en su gran mayoría.

—¿Qué quieres de nosotros?— preguntaron adustamente los que no habían hablado aun.

—Que apreteis bien la mano cuando azoteis al Nazareno, — díjoles con mucha intencion el fariseo.

—No eres tú quien debe darnos órdenes ni lecciones. Nosotros sin escitaciones de ninguna clase, cumplimos siempre con nuestro deber.

—Tampoco he querido daros ninguna leccion, y mucho menos órden alguna. Sé lo que valeis.

—Pues qué has querido decir, fariseo?

—Sencillamente he querido daros á conocer quién es el que vais á azotar, para que no le tengais piedad alguna.

—¿Y por esto pretendes darnos algun denario, y regalarnos algunas copas de Chipre? ¡Hum!... —dijo uno de los soldados, soltando una carcajada, y meneando la cabeza en son de duda.

—¿Pues no os he dicho que el Nazareno era mi enemigo? ¿No os he dicho que tenia una sed abrasadora de vengarme?... Pues bien, con los denarios y las copas de Chipre que os ofrezco, os pago los azotes que le deis por mi cuenta, ó la mayor fuerza con que apliqueis las manos sobre sus espaldas.

—¿Es decir, que nos confieres el encargo de vengarte? —preguntó el decurion: —ya presumia yo que no se dirigian á otra parte tus eternos razonamientos.

—¿No vengais á Roma de las ofensas que el Nazareno le ha inferido?... Pues entonces, ¿qué dificultad hay en que me vengueis á mí al mismo tiempo? Para vengar á Roma habréis de azotarle; ¿qué dificultad hay en que le azoteis á la vez para vengarme á mí, cuando podeis ganáros con ello algunos denarios y algunas copas?... Comprendo que no seria del todo decoroso para vosotros, si le azotarais tan solo por mi cuenta, pero cuando habeis de hacerlo por cuenta de Roma, me parece que apretar un poco más la mano, y darle algunos azotes mas, ni redundan en vuestro desdoro, ni nadie puede achacarlo á servilismo... Esta es la cuestion, y me parece que no soy tan exigente; que os venga á proponer un asunto que humille á nadie.

—¡Es verdad, es verdad! —dijeron á coro los soldados, despues de haber oido el razonamiento de Onkelos.

—Con solo un par de azotes mas que le dé cada uno de nosotros, vengaremos sin deshonra al fariseo que nos paga, despues de haber vengado á Roma. ¡Esto es hecho!... —exclamó uno de los pretorianos, que por el tono de seguridad con que hablaba, deducíase la influencia que tendria entre sus salvajes y crueles compañeros.

—La cosa está resuelta, —dijeron todos menos el decurion, que miraba con desconfianza al fariseo.

—¿Y cuánto nos darás para que nos vengamos del Nazareno en tu nombre? —preguntaron los mas á Onkelos.

—Por eso no reñirémos. El decurion tasará vuestro trabajo, y yo lo pagaré religiosamente. Mientras tanto, ahí va una bolsa; gastad todo lo que contiene en vino de Chipre, para que podais remojar las fauces, cuando os halleis cansados de azotar al Nazareno.

Y Onkelos, diciendo esto, entregó á los soldados una bolsa, al objeto de que invirtieran lo que dentro de ella habia, en vino de Chipre. Los pretorianos depusieron entonces todas sus prevenciones contra el fariseo, y establecióse entre este y aquellos una familiaridad *sui generis*, esa familiaridad que caracteriza las reuniones de los rufianes.

Hasta el decurion (llamado así porque mandaba diez soldados en la compañía), pareció transigir con Onkelos viendo su *generoso* desprendimiento, y al efecto, desarrugando el entrecejo, y dando á su voz un temple menos salvaje, menos agresivo, díjole:

—Los soldados transigen, y yo no puedo dejar de imitarles, siquiera por espíritu de compañerismo. Sin embargo, quede sentado, que nosotros, castigando al Nazareno, vengaremos á Roma ante todo.

— No veo ningun inconveniente en que sea así, — díjole Onkelos, pensando que la cuestion era de obras y no de palabras.

— Bajo este supuesto, accedo tambien.

Onkelos apretó afectuosamente la mano del decurion. Esto, sin embargo, el jefe romano parecia sentir cierta repugnancia, ó cierto desden al entregar su mano al fariseo, para que la estrechara.

Algunos momentos despues, el decurion dijo con la mayor indiferencia al enemigo de Cristo; con indiferencia igual á la que se establece entre dos que conciertan una cosa sin importancia :

— ¿Y cómo pretendéis que se azote al Nazareno, á lo judío ó á lo romano?

Esta pregunta chocará sin duda á alguno de nuestros amables lectores, pero como pensamos esclarecerla y explicar su significado un poco mas adelante, les rogamos que suspendan el juicio, hasta que llegue el momento oportuno de formarle con acierto.

— Me es completamente igual, pero como Pilatos le condena al castigo de los azotes por ofensas contra Roma, páreceme lo mas natural que sea el Nazareno azotado segun el uso y las leyes romanas.

Nuestros lectores estarán en lo cierto, si piensan que el modo de azotar de los romanos era mucho mas cruel que el que usaban los hebreos. Onkelos, por consiguiente estaba en su carácter, pidiendo que los azotes que se dieran á Jesucristo, fuesen dados á lo romano, como habia dicho el decurion. Á buen seguro que si el modo de azotar de los judíos fuese mas cruel que el de los que les sojuzgaban, no hubiera pedido este el maldito fariseo, sino que hubiera hallado recursos suficientes en su inteligencia precita, para

que prevaleciera el primero. Así es, que aparentando ceder alcanzaba lo que se proponia, esto es, atormentar al Cristo; hacerle sufrir los tormentos y dolores mas crueles y agudos que era dable hacer sufrir á un hombre.

El decurion, que gracias á las larguezas del fariseo, se hallaba dispuesto hasta á azotar á Cristo *á lo judío*, viendo que Onkelos adoptaba el sistema romano, dijo con aparente y fiera decision :

— Tanto mejor que hayais adoptado el sistema romano de azotar, para este caso, porque á no ser así, yo me habria visto en la precision de no poder acceder á vuestras pretensiones. Sirvo á Roma, y romano ha de ser todo lo que sirviéndola practique y disponga.

— Vuestra fidelidad me entusiasma, — dijo Onkelos.

— Vuestro entusiasmo por mi fidelidad me tiene sin cuidado, — contestóle el decurion, como para hacer recordar al fariseo que allí los señores eran los soldados de Roma.

Onkelos se sonrió hipócritamente, mientras que en el fondo de su corazon sentia deseos indefinibles, y accesos de rabia que le hacian morder la lengua á cada paso. Si aquel miserable hubiera sufrido por otra causa las humillaciones que estaba sufriendo; si por otro asunto hubiese visto pisoteada de un modo tan claro su dignidad, á buen seguro que se moria repentinamente, porque la ira que le devoraba hubiérale producido una congestion cerebral; pero tratándose de matar á Jesús, tratándose de atormentar á la Víctima espiatoria de los pecados de los hombres, Onkelos olvidaba hasta su jactancia, hasta su vanidad, hasta sus pretensiones ridiculas, para conseguir lo que tan de veras apetecia. Por eso se sonrió al oír la fiera contestacion del decurion.

Y entonces contrataron el precio de los azotes que de-

bian dar á Jesús los legionarios, mostrándose Onkelos espléndido en esto, como espléndido se mostrara en lo del vino. Entonces el decurion le dijo:

— Descansad en nosotros. Los soldados le desollarán vivo, y si no tiene mil vidas, á buen seguro que el pretor no tendrá el trabajo de condenarle á muerte. Id descansado ya.

— Si no hallais inconveniente, me quedaré.

— ¿Desconfiais? — preguntó el decurion con fiereza.

— No, pero para saborear el placer de la venganza, desearia asistir á la escena de los azotes.

— Si es por eso, podeis quedaros.

Oidas estas palabras del decurion, Onkelos volvió á estrechar la mano de aquel, y despues, como si fuera uno de los soldados de Roma, sin tener en cuenta su tan careada *dignidad*, mezclóse entre ellos, y no tuvo á menos sostener con ellos las brutales conversaciones del vivac de aquellos tiempos.

CAPITULO II.

La Sentencia de la flagelacion.

En el acto de abandonar Pilatos el balcon, desde el que hablara al pueblo judío, poco menos que amotinado, se hallaba visiblemente conmovido, y una agitacion profunda le dominaba. Aquella agitacion era el grito de su conciencia, que le argüia de crueldad; aquella agitacion era la voz del

deber, diciendo al juez que cometia una incalificable injusticia.

Pilatos hacia esfuerzos sobrehumanos para dominarse, para sofocar aquella voz, pero Pilatos no podia acallar los gritos de su conciencia, porque no está en la mano del criminal hacer enmudecer el grito, con que por voluntad de Dios, se acusa á sí mismo ante los tribunales de Dios y de la propia razon.

Y miró el Pretor compasivamente á Jesucristo, que permanecia humilde y resignado, como un cordero á quien se va á sacrificar. El Señor levantó los dulces y tristes ojos, para poner en Pilatos una mirada bondadosa, y Pilatos sin duda no pudo resistir la dulce recriminacion de aquella mirada, porque á pesar suyo sintió que el rubor teñia sus mejillas, y que carecia de fuerzas para resistir el poema tristísimo de dolor, la acusacion que aquella mirada le estaba dirigiendo.

Así fue, que apartando los ojos del Señor, dirigióse á la parte opuesta de la sala, donde sobre una riquísima mesa habia algunos pergaminos y recado de escribir, y tomando asiento, escribió con agitacion febril algunas líneas en un trozo de pergamino. Despues, sin leer lo que habia escrito, porque al parecer temia leerlo, llamó á uno de sus criados, y le dijo:

— El centurion Cornelio.

El criado salió precipitadamente, y poco despues penetraba en la estancia el noble centurion.

Este venia afectado, y su afectacion debia ser profunda, porque de ella daba claros indicios su rostro varonil y franco.

Pilatos le miró, y puso no sé por qué los ojos en tierra. Al parecer temia hallar una recriminacion en Cornelio. Y sin embargo Pilatos era allí la autoridad suprema; nadie tenia